

Jorge González Aranguren

Para Patxi Ezkiaga

Como las vírgenes prudentes,
guardo el aceite de la lámpara
y me deslizo por las habitaciones
con pasos quedos, desde el horno
para cocer el pan
hasta la alcoba donde el sueño
me acoge como un nido.
Por las noches acude
una estrella de oriente,
por consolarme;
yo la tomo en mis manos.

Mis hermanas me tocan, dedos fríos
que hacen el bien, ellas sonríen
y me despiertan en el alba.

Vendrás, amado.

Cuando me visites,
lavaré mis cabellos
en el agua más pura,
junto al pozo y la higuera;
vestiré para ti ropas talares,
perfumaré mis hombros
con el sándalo,
que nos convoca imaginaciones
de dulzor, de regreso.

Tu rostro en el aceite, en la caricia
que no llega a tocarte.

Me temblarán los labios.

Y tendrá sentido esta vigilia
llena de júbilo,
los instantes acedos,
la sombra escueta de la muerte.

Los demás recorren/ jubilosos los sende-
ros,/ llevando del brazo/ la flor predilecta
y amada./ Porque te pertenezco/ me han
arrinconado./ ¿Señor, acaso no tienes/
brazos?...// Porque te pertenezco/ me
han arrinconado.

El espino/ con sus yemas rojas.../ Observo
con alegría/ mis manos hinchadas.

Me parece que/ siento/ en la cabeza/ las
manos tibias del Obispo.